

Decreto 4, NUESTRA MISION Y LA CULTURA

1. La CG 34 ha reunido a jesuitas procedentes de las culturas de Asia, los países ex-comunistas de Europa Oriental, la Comunidad Europea, Africa, Norte América, Australia y América Latina. Esto ha intensificado nuestra conciencia de la pluralidad de culturas, tanto en el mundo como en la Compañía, y de la necesidad de tratar del tema, importante para nuestra misión, del *Evangelio y la Cultura*¹.

2. La Iglesia ha asumido últimamente este tema entre los puntos centrales de su reflexión. Pablo VI escribió que "la ruptura entre el Evangelio y la cultura es, sin duda alguna, el *drama de nuestro tiempo*"². Más recientemente Juan Pablo II ha presentado la inculturación como uno de los aspectos fundamentales de toda la misión evangelizadora de la Iglesia y hace alusión a la *reciprocidad* entre el Evangelio y las culturas que afecta. El mensaje cristiano debe abrirse a todas las culturas sin atarse a ninguna en particular y debe hacerse accesible a toda persona humana a través de un proceso de inculturación por el que el Evangelio introduce algo nuevo en la cultura y la cultura aporta algo nuevo a la riqueza del Evangelio:

"Por medio de la inculturación la Iglesia encarna el Evangelio en las diversas culturas y, al mismo tiempo, introduce a los pueblos con sus culturas en su misma comunidad; transmite a las mismas sus propios valores, asumiendo lo que hay bueno en ellas y renovándolas desde dentro"³.

3. El proceso de inculturación del Evangelio de Jesús en la cultura humana es una forma de *encarnar* la Palabra de Dios en la diversidad de la experiencia humana: el Verbo pone su tienda en la familia humana (cf. Jn. 1,14). Cuando la Palabra de Dios queda depositada en el corazón de una cultura, es como una semilla enterrada que se nutre de la tierra que le rodea y crece hasta madurar. La inculturación puede también relacionarse con el *Misterio Pascual*: gracias a la fuerza liberadora del Evangelio, las culturas se liberan de sus elementos negativos y entran en la libertad del Reino de Dios. El Evangelio plantea un desafío profético a toda cultura para que se desprenda de todo lo que impide la justicia del Reino. Inculturar el Evangelio significa permitir que la Palabra de Dios despliegue su fuerza en la vida de un pueblo, pero sin imponer elementos culturales extraños que dificulten recibirla. "La evangelización no es posible sin la inculturación. La inculturación es el diálogo existencial entre personas vivas y el Evangelio vivo"⁴.

4. Este proceso ha sido siempre parte de la vida de la Iglesia: en los primeros siglos del Cristianismo, cuando proclamaba su fe en formas que la cultura helenística podía recibir, la Iglesia estaba al mismo tiempo siendo modelada por ella. Intuiciones que en un principio se originaron fuera del contexto judío y cristiano llegaron a ocupar un puesto en el mismo corazón del cristianismo. Un proceso semejante está teniendo lugar en nuestros días en muchas partes del mundo: miembros de culturas indígenas, de las grandes tradiciones religiosas y de la modernidad crítica ofrecen intuiciones que la Iglesia debería tomar en cuenta como parte del diálogo entre la experiencia cristiana y la diversidad de otras experiencias. De esta manera, la Iglesia va recuperando en nuestros días la creatividad que mostró en sus

¹ "Cultura" significa la manera en la que un grupo de personas, vive, piensa, siente, se organiza, celebra y comparte la vida. En toda cultura, subyace un sistema de valores, de significados y de visiones del mundo que se expresan al exterior en el lenguaje, los gestos, los símbolos, los ritos y estilos de vida.

² Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi*, 20

³ Juan Pablo II, *Redemptoris Missio*, 52

⁴ Kolvenbach, Peter-Hans: "Living People, Living Gospel", Conferencia al "International Workshop on Native Ministry", Anishinabe, Canada, 12.10.1993.

comienzos y en los momentos más acertados de su obra evangelizadora.

5. Hoy día han de afrontarse retos especiales en orden a posibilitar el diálogo existencial con la multiplicidad de las culturas en que está presente la Iglesia:

5.1. La cultura secular contemporánea, que se ha desarrollado en parte en oposición con la Iglesia, excluye con frecuencia la fe religiosa de entre sus valores reconocidos. Consiguientemente, culturas fraguadas por la fe cristiana se han alejado, en diversa medida, del Cristianismo hacia estilos de vida que marginan los valores evangélicos. Con frecuencia, la fe religiosa se descarta como fuente de enfrentamientos sociales destructivos de la sociedad y como algo que la familia humana ya ha superado; a los ojos de muchos de nuestros contemporáneos, la Iglesia carece de credibilidad cuando habla de problemas humanos.

5.2. Las grandes culturas de Asia, a pesar de siglos de actividad misionera, no consideran todavía la fe cristiana como una presencia viva en el corazón de la experiencia asiática. En general, continúa inseparablemente vinculada con la cultura occidental de la que desconfían. Muchos cristianos comprometidos de Asia sienten que hay una ruptura entre su experiencia cultural autóctona y el carácter todavía occidental de su experiencia en la Iglesia.

5.3. El creciente ritmo de la urbanización a lo largo y ancho del mundo genera millones de pobres en las grandes ciudades, gente que se debate en una angustiosa transición cultural al emigrar de áreas rurales y verse forzados a dejar atrás su cultura tradicional. Al mismo tiempo, esta transición produce una nueva síntesis cultural que entreteje elementos de sabiduría tradicional con nuevas formas de organización y celebración popular.

5.4. Entre los pueblos indígenas ha habido un despertar de la conciencia de sus culturas, que es preciso apoyar con la fuerza liberadora del Evangelio.

5.5. En Africa, hay un gran deseo de crear un cristianismo verdaderamente africano, en el que se integren inseparablemente la Iglesia y la cultura africana. Hay también el deseo de liberar al Evangelio de la herencia colonial, que infravaloraba la calidad de los valores culturales africanos, y de ponerlo en contacto más profundo con la vida africana.

La misión del jesuita y la cultura

6. Como jesuitas, vivimos una fe que busca el Reino, una fe que hace de la justicia una realidad que transforma el mundo; por lo mismo, hacemos que lo específico de esta fe entable un diálogo con las religiones y culturas del mundo contemporáneo. Nuestro decreto "Servidores de la misión de Cristo" afirma que "nuestra misión de servicio de la fe y promoción de la justicia debe ensancharse para incluir como dimensiones esenciales la proclamación del Evangelio, el diálogo, y la evangelización de la cultura"⁵; hemos insistido en la inseparabilidad de *la justicia, el diálogo y la evangelización de la cultura*.

7. Esto no es mero pragmatismo ni pura estrategia apostólica; hunde sus raíces en la mística que fluye de la experiencia de Ignacio y nos conduce simultáneamente hacia el misterio de Dios y su presencia activa en la creación. Tanto en nuestra vida personal de fe como en nuestro apostolado, nunca se plantea una disyuntiva entre Dios o el mundo: siempre se trata de Dios *en* el mundo, trabajando para llevarlo a su plenitud de modo que el mundo llegue finalmente a ser plenamente *en* Dios⁶:

⁵ CG 34, d.2,20.

⁶ EE [235-237].

"Ignacio afirma que no existe para el hombre camino de auténtica búsqueda de Dios que no pase... por una zambullida en el mundo creado y, por otra parte, que toda solidaridad con el hombre y todo compromiso con el mundo creado, para ser auténticos, presuponen el descubrimiento de Dios"⁷.

8. La misión de la Compañía, como servicio a Cristo Crucificado y Resucitado, investiga cómo el Señor se hace presente en la diversidad de las experiencias culturales humanas, con el fin de presentar el Evangelio como la presencia explícitamente liberadora de Cristo. Nuestro diálogo debe partir del respeto por la persona, especialmente por los pobres, y en ese diálogo debemos apropiarnos sus valores culturales y espirituales y ofrecer nuestro propio tesoro cultural y espiritual con el fin de crear una comunión de pueblos iluminados por la Palabra de Dios y vivificados por el Espíritu como en Pentecostés. Nuestro servicio de la fe cristiana no debe nunca alterar los mejores impulsos de la cultura en que trabajamos, ni debe ser una imposición ajena y desde fuera. Busca trabajar de manera que el vector de crecimiento que brota del corazón de una cultura la conduzca hacia el Reino.

9. Nuestra tradición ignaciana nos enseña un criterio muy sencillo para el ejercicio de nuestra misión: en nuestra vida personal de fe, sabemos que estamos en *consolación* cuando estamos en pleno contacto con lo que Dios opera en nuestros corazones, y estamos en *desolación* cuando nuestras vidas se oponen a su acción. Así también nuestro ministerio de evangelizar la cultura será un ministerio de consolación cuando se realice de forma que ponga de manifiesto la actividad de Dios en esas culturas y refuerce nuestro sentido del misterio divino. Pero cuando nuestra actividad dificulta su presencia en las culturas a las que se acerca la Iglesia o cuando nos arrogamos derechos de propiedad sobre los asuntos de Dios, entonces nuestros esfuerzos andan descaminados o se hacen destructores.

10. Esta intuición es la que ha llevado a muchos jesuitas a adoptar una actitud positiva hacia las religiones y culturas en las que trabajan. Los primeros jesuitas en sus colegios juntaban la catequesis cristiana con la enseñanza de las Humanidades, el arte y el teatro para que sus alumnos se hicieran versados tanto en la fe como en la cultura europea. Es también lo que, fuera de Europa, los impulsó a profesar un profundo respeto por las culturas indígenas, a componer diccionarios y gramáticas de lenguas autóctonas y a ser pioneros en el estudio de los pueblos con los que trabajaban y a los que trataban de comprender.

11. Pero mucho más en nuestros días, cuando la calidad humana de tantas culturas indígenas se ve amenazada por fuerzas poderosas pero menos benignas, queremos recuperar el respeto por la cultura que caracterizó a los mejores de nuestros antecesores. En todo el mundo encontramos jesuitas que trabajan con un gran número de grupos étnicos, tribus y países de culturas tradicionales. Estos pueblos poseen un precioso patrimonio de cultura, religión y sabiduría ancestral que ha configurado la identidad de sus poblaciones. Estos pueblos están ahora luchando por afirmar su identidad cultural al tiempo que incorporan elementos de la cultura moderna y global. Tenemos que hacer todo lo posible para que esta relación entre culturas tradicionales y modernidad se convierta no en imposición sino en auténtico diálogo intercultural. Este sería un signo de liberación para ambas partes. Nuestra intuición es que el Evangelio sintoniza con todo lo que hay de bueno en cada cultura.

12. Al mismo tiempo, reconocemos que no siempre nos hemos dejado guiar por esta intuición. No siempre hemos reconocido que ni la agresión ni la coerción tienen puesto en la proclamación del Evangelio de la libertad, especialmente en culturas vulnerables a la manipulación por fuerzas más poderosas. Reconocemos, en particular, que:

⁷ Kolvenbach, Peter-Hans: Alocución a la CG 34 (6.1.1995), 2; cf. Apendice II,2.

- Con frecuencia hemos contribuido a la alienación de los mismos a quienes deseábamos servir.

- Con frecuencia los evangelizadores jesuitas no se han insertado en el corazón de la cultura, sino que han permanecido como presencia extranjera.

- No hemos descubierto en nuestra misión los tesoros de la humanidad: los valores, profundidad y transcendencia de otras culturas que demuestran la acción del Espíritu.

- A veces nos hemos puesto de parte de la "cultura superior" de la élite en una situación concreta: haciendo caso omiso de las culturas de los pobres, y a veces, debido a nuestra pasividad, permitiendo que las culturas o comunidades indígenas fueran destruidas.

Reconocemos estos errores y tratamos ahora de aprovechar la diversidad y complejidad cultural existente hoy en el cuerpo apostólico de la Compañía. Reconocemos que el proceso de inculturación es difícil pero va adelante.

13. Como la mayoría trabajamos dentro de nuestras propias culturas, queremos, en servicio de la fe, entablar diálogo con nuestro propio mundo cultural, dar testimonio del Espíritu creativo y profético, y hacer así posible que el Evangelio enriquezca esas culturas y sea a su vez enriquecido por su presencia inculturada en diferentes contextos. Procuramos comprender la realidad de la experiencia de las personas, porque sólo entonces puede conectar con sus vidas la proclamación del Evangelio. Llevamos al Evangelio a un diálogo abierto con los elementos positivos y negativos que ofrecen esas culturas. De esta manera, el Evangelio aparece a una luz nueva: es enriquecido, renovado y aun transformado por lo que estas culturas aportan al mismo. El Padre Pedro Arrupe llamó la atención sobre de la importancia de la inculturación para la misión actual del jesuita:

"Inculturación es la encarnación de la vida y mensaje cristianos en un área cultural concreto, de tal manera que esa experiencia no sólo llegue a expresarse con los elementos propios de la cultura en cuestión (lo que no sería más que una superficial adaptación), sino que se convierta en el principio inspirador, normativo y unificador que transforme y re-cree esa cultura, originando así 'una nueva creación'⁸.

Diálogo de Dios con el mundo

14. El Evangelio, palabra profética de Dios, continúa el diálogo comenzado por Dios con todos los hombres y mujeres, que participan ya en el *misterio de unidad* iniciado en la creación⁹. Los lleva explícitamente al contacto con su *misterio de salvación*. "Mediante la acción invisible del Espíritu de Cristo", Dios abre sus corazones al *misterio de la plenitud* que aguarda a la familia humana como su destino propio¹⁰.

15. Como discípulos del Señor Resucitado, creemos que su Misterio Pascual ilumina toda la historia humana, alcanzando a todos, a toda religión y a toda cultura, incluso a los que no creen en El y aun a los que no encuentran posible, en conciencia, creer en él. El Misterio

⁸ Arrupe, Pedro: Carta y Documento sobre la Inculturación, AR 17(1978)230.

⁹ Juan Pablo II, Alocución durante la Oración por la paz mundial (Asís 27.10.1986), AAS 79(1987)865-871.

¹⁰ *Diálogo y Anuncio*, Consejo Pontificio para el Diálogo interreligioso y Congregación para la Evangelización de los pueblos, (29), BCDR 26(1991)210-250.

Pascual, declara *Gaudium et Spes*,

"es válido no sólo para los que creen en Cristo, sino para todos los hombres de buena voluntad, en cuyo corazón obra la gracia de un modo invisible. Puesto que Cristo murió por todos y la vocación del hombre es una misma, es decir, la divina, debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de sólo Dios conocida, se asocien a su Misterio Pascual"¹¹.

16. El *cómo* de esta asociación, sólo Dios lo conoce; el *hecho* de la misma lo cree la Iglesia, movida por Dios. Cristo Resucitado está actuando constantemente en todas las dimensiones de la historia humana, en sus diversidad de culturas y de experiencias espirituales. Como es una la bondad que subyace a la obra creadora de Dios, así también, en la obra redentora de Cristo, una misma hebra de gracia atraviesa la creación recomponiendo su ruptura.

17. Un medio para colaborar con Dios en su misterio de salvación es el diálogo, conversación espiritual entre iguales que les lleva a descubrir el núcleo de su propia identidad. El diálogo nos pone en contacto con la acción de Dios en las vidas de otros hombres y mujeres y hace más profundo nuestro sentido de esta acción divina: "Por medio del diálogo permitimos que Dios se haga presente en medio de nosotros, ya que al abrirnos unos a otros en diálogo, nos abrimos también a Dios"¹². Intentamos hacer posible que la otra parte tome conciencia de la presencia de Dios en su cultura y le ayudamos a que, a su vez, evangelice a otros. El ministerio del diálogo supone la conciencia de que la acción de Dios precede a la nuestra. No plantamos la semilla de su presencia porque ya lo ha hecho él en la cultura y está haciendo que fructifique, abrazando toda la diversidad de la creación. Nuestro papel es colaborar con esta actividad de Dios.

18. La mano de Dios en la variada historia humana se echa de ver en ella en el largo proceso -incompleto aún- del crecimiento humano, expresado en formas religiosas, sociales, morales y culturales que llevan el sello de la obra silenciosa del Espíritu. En las categorías mentales, en los hábitos del corazón, en las metáforas-raíces y valores de todas las culturas; e incluso, podríamos decir, en el mismo proceso por el que nuestros cuerpos se hacen capaces de una experiencia espiritual intensa, Dios está preparando en sus criaturas las condiciones para un reconocimiento amoroso de su verdad, disponiéndolas para la transformación prometida en Cristo. "Todos están llamados a un destino común, que es la plenitud de vida en Dios"¹³.

Nuestra misión y la cultura crítica posmoderna

19. Lo dicho vale aun para las culturas cuyos exponentes consideran que el cristianismo y todo compromiso religioso están superados, lo cual dificulta particularmente el diálogo. Merecen atención especial por su influjo en todo el mundo. Algunas culturas contemporáneas tienden a reducir la fe religiosa al recinto de lo privado y personal y hasta la consideran como algo extraño y excéntrico, hasta el punto de hacer difícil que el Evangelio "anime, dirija y unifique" la cultura secular contemporánea¹⁴. Hemos de reconocer que, para muchos contemporáneos nuestros, ni la fe cristiana ni cualquier otra creencia religiosa es buena para la humanidad.

¹¹ Concilio Vaticano II, *Gaudium et Spes*, 22.

¹² Juan Pablo II, A representantes de religiones no-cristianas (Madrás 5.2.1986), AAS 78(1986)769s.

¹³ *Diálogo y Anuncio*, *op cit.* (28).

¹⁴ Arrupe, Pedro: Carta y Documento sobre la Inculturación, AR 17(1978)229-255.

20. Huelga desarrollar aquí los problemas que conlleva el trabajo en estos contextos, porque la frontera entre el Evangelio y el mundo moderno o posmoderno pasa por el corazón de cada uno de nosotros. Todo jesuita encuentra primero en sí mismo el impulso a la increencia; sólo cuando nos enfrentamos con esa dimensión en nosotros mismos podemos hablar a otros de la realidad de Dios. Además, no podemos hablar a otros si el lenguaje religioso que usamos les es totalmente extraño: la teología que usamos en nuestro apostolado no puede ignorar el panorama de las cuestiones críticas modernas en cuyo ámbito vivimos. Sólo cuando entendemos nuestra propia experiencia e idea de Dios, podemos hablar de manera que el agnosticismo contemporáneo entienda lo que decimos.

21. Este trabajo apostólico no debería perder nunca de vista la tradición mística cristiana que trata repetidamente de la experiencia de Dios sin imágenes y sin palabras, más allá de todo concepto humano. *Si comprehendis non est Deus*, decía S. Agustín¹⁵. Puede que muchos contemporáneos partan de la experiencia del silencio que rodea la naturaleza de Dios, pero esa experiencia se encuentra también en el fondo de la experiencia y fe cristianas. La cultura posmoderna hace una fragmentación de la fe cristiana en Dios al desgajar la espiritualidad humana de una expresión explícitamente religiosa. No es que la vida espiritual haya muerto; es que simplemente se desarrolla fuera de la Iglesia. La cultura 'poscristiana' da testimonio, de modo extraño e implícito, de la reverencia debida al Dios que la mente humana no puede imaginar sin destruir el misterio divino; se refiere al significado cristiano del "Padre". También trata de encontrar sentido en el ámbito de la propia estructura de la experiencia humana y corporal, que está relacionada con la creencia cristiana de que el 'significado' del mundo (el "Logos") se nos da a conocer en la humanidad de Jesús. La preocupación por el medio ambiente expresa un deseo profundo de respetar el orden natural como lugar de una presencia inmanente, pero trascendente; está relacionada con lo que los cristianos llamamos el "Espíritu".

22. Una evangelización inculturada en contextos 'poscristianos' no tiene por objeto secularizar o diluir el Evangelio acomodándolo al horizonte de la modernidad, sino introducir la posibilidad y realidad de Dios a través del testimonio y del diálogo. Tenemos que reconocer que, hoy día, la humanidad puede encontrar en la ciencia muchas respuestas que nuestros antepasados buscaban en la religión. En un contexto predominantemente secular, nuestra fe y nuestra interpretación de la fe se han liberado de complicaciones culturales contingentes y, como resultado, se han purificado y profundizado.

23. El único punto de partida válido es un intento sincero, basado en el respeto y la amistad, de trabajar desde dentro de la experiencia compartida de cristianos e increyentes en una cultura secular y crítica. Nuestro apostolado con ateos y agnósticos o es un encuentro de partes iguales que dialogan sobre problemas comunes, o será huero. Este diálogo deberá basarse en un compartir la vida: compartir un compromiso de acción en favor de la liberación y derechos humanos; compartir valores y compartir de la experiencia humana¹⁶. El diálogo puede ser un medio para lanzar un reto a la cultura moderna y posmoderna a que se abran a ideas y experiencias que, aunque arraigadas en la historia, les son nuevas. Al mismo tiempo, si se desarrolla teniendo en cuenta la cultura crítica contemporánea, la teología puede ayudar a descubrir los límites de la inmanencia y la necesidad humana de la transcendencia.

24. Es preciso reconocer que el Evangelio provoca siempre resistencia; desafía a la persona y exige una conversión de la mente, el corazón y la conducta. No es difícil observar que una cultura modernista, científico-tecnológica, con harta frecuencia unilateralmente racionalista y secular, puede ser destructiva de los valores humanos y espirituales. Como

¹⁵ San Agustín, *Sermo* 117 (PL 38,663).

¹⁶ *Diálogo y Anuncio*, *op cit.* (42).

Ignacio nos previene en la meditación de las Dos Banderas, la llamada de Cristo va siempre en contra de los valores que rechazan la trascendencia espiritual y fomentan un tipo de vida centrada en sí mismo. El pecado siempre tiene consecuencias sociales, como las tiene el contratestimonio de la gracia: a menos que la vida cristiana se diferencie claramente de los valores de la cultura de la modernidad, no tendrá nada especial que ofrecer. Una de las mayores aportaciones que podemos hacer a la cultura crítica contemporánea es mostrar que la injusticia estructural del mundo tiene sus raíces en el sistema de valores de una poderosa cultura moderna que está teniendo impacto mundial.

Cambio y esperanza

25. Por tradición, la Compañía se ha interesado por la transformación de la cultura humana, de la fase en que el ser humano comienza a remodelar sus relaciones sociales, su patrimonio cultural, sus proyectos intelectuales, sus perspectivas críticas sobre la religión, la verdad y la moralidad, toda su interpretación científica y tecnológica de sí mismo y del mundo en que vive. Nos comprometemos a acompañar a cuantos, en contextos diferentes y a una con su cultura, están realizando transiciones difíciles. Nos comprometemos a desarrollar la dimensión de una evangelización inculturada dentro de nuestra misión de servicio a la fe y de promoción de la justicia.

26. "Ignacio tenía preferencia por las grandes ciudades" porque veía en ellas el lugar donde se fraguaba la transformación de la comunidad humana y quería que sus hombres estuvieran comprometidos en este proceso. La 'ciudad' puede simbolizar nuestros esfuerzos para llevar a cumplimiento la cultura humana. Nadie duda que el proyecto, en su forma actual, tiene serios defectos y por eso lo miramos con más escepticismo que hace treinta años; todos ven que ha habido dislocaciones y desigualdades masivas; nadie negará que los experimentos totalitarios de este siglo han sido brutales y casi demoníacos en su intensidad; y es igualmente evidente que a veces se parecen a la Babel y Babilonia de la Biblia. Pero nuestro objetivo es el intento, confuso pero ineludible, de cooperar en el alumbramiento de una comunidad feliz que, según el Apocalipsis, Dios llevará a cumplimiento (y es seguro que lo hará) en la forma de la ciudad santa, la radiante Nueva Jerusalén: "Las naciones se pasearán a su luz y los reyes de la tierra llevarán a ella su esplendor y sus puertas no se cerrarán con el día, porque allí no habrá noche. Llevarán a ella el esplendor y la riqueza de las naciones" (Ap. 21, 24-26). Hasta aquel día nuestra vocación es trabajar generosamente con el Cristo Resucitado en esta pobre ciudad humana donde hay pobreza material y espiritual, dominio y control, manipulación de mente y corazón, y servir en ella al Señor hasta que vuelva para llevar a perfección el mundo donde murió.

Perspectivas

27.1 Hemos de reconocer que lograr una evangelización plenamente inculturada en la vida de un pueblo es cosa compleja; aunque ejerzamos nuestros ministerios con la conciencia de su dimensión cultural, la inculturación del Evangelio puede ser lenta simplemente porque los cambios culturales son lentos.

27.2 Hemos de reconocer que nuestro mundo es cada vez más consciente de los derechos de las culturas y de su diversidad y que cada grupo cultural propugna con razón las peculiaridades de su patrimonio. Hemos de respetar esas diversas culturas en su autoafirmación y colaborar creativamente con ellas.

27.3 Debemos reconocer en todos nuestros ministerios que la acción salvífica de la revelación de Dios está ya presente en cada cultura y que Dios la llevará a su plenitud.

27.4 Es bueno recordar que no evangelizamos directamente las culturas; evangelizamos a las personas en su cultura respectiva. Sea que trabajemos en nuestra propia cultura o en una cultura ajena, como servidores del Evangelio que somos no hemos de imponer nuestros esquemas culturales, sino testimoniar la creatividad del Espíritu, que actúa también en los demás. En definitiva, las personas de cada cultura son las que arraigan la Iglesia y el Evangelio en sus vidas.

27.5 Todos debemos reconocer que toda gran cultura abarca una gama de culturas y subculturas étnicas nuevas con harta frecuencia ignoradas.

27.6 La llamada a una evangelización inculturada no es simplemente para los que trabajan fuera de su país de origen. Nuestras obras se desarrollan todas en un contexto cultural concreto, con rasgos positivos y negativos que deben ser tocados por el Evangelio.

27.7 Hemos de escuchar atentamente a los que nos dicen que el Evangelio no les dice nada, y tratar de comprender la experiencia cultural que se esconde en lo que dicen. Lo que hacemos y decimos, ¿corresponde a las necesidades reales y urgentes de los que nos rodean en sus relaciones con Dios y con los demás? Si la respuesta es "no", quiere decirse que no estamos comprometidos a fondo con la vida de las personas que servimos.

Orientaciones

28. Sugerimos las siguientes propuestas para que la Compañía pueda avanzar en el camino de la inculturación.

28.1. Nuestra opción por los pobres debe también extenderse a sus culturas y valores, a menudo enraizados en una tradición rica y fructífera. Esto permitirá un respeto creativo y mutuo dentro de las sociedades y la promoción de un ambiente cultural y religioso más fecundo.

28.2. El estilo de vida de nuestras comunidades debe ser un testimonio creíble de los valores contraculturales del Evangelio, de manera que nuestro servicio de la fe pueda transformar efectivamente los patrones de la cultura local.

28.3. Nuestro compromiso por la justicia social y por un constante desarrollo humano debe concentrarse en la transformación de los valores culturales que mantienen un orden social represivo e injusto.

28.4. Cada etapa de nuestros programas de formación debe enraizarnos en las culturas de los pueblos a los que servimos. Estos programas deben llevar a compartir su vida y su experiencia y a procurar comprender su cultura desde dentro.

28.5. La dinámica de la inculturación debe integrarse con la renovación apostólica de la Compañía y de sus colaboradores. Esto es esencial para lograr nuestra conversión del corazón y para redescubrir la vitalidad del Evangelio en su diálogo con la cultura.

28.6. La experiencia de una cultura diferente a la propia debe ayudarnos a tener una visión más abierta a lo universal y más objetiva respecto a la cultura de origen.

28.7. Nuestras obras educativas, en particular, deben jugar un papel crucial para

engarzar la fe cristiana en los puntos nucleares de las culturas contemporáneas y tradicionales.

28.8. Debemos comprometernos en los caminos que llevan a la creación de Iglesias locales auténticas que puedan contribuir a la riqueza de la comunión universal de la Iglesia de Cristo. También debemos buscar la manera de crear una teología, liturgia y espiritualidad autóctonas y promover el derecho y libertad de los pueblos a encontrar el Evangelio sin convertirse en extraños a su propia cultura.

28.9. Como cuerpo apostólico internacional, la Compañía se halla singularmente dotada para beneficiarse de una serie de experiencias culturales en sus ministerios y para promover un diálogo intercultural que contribuya a la misión de la Iglesia, en servicio del plan divino de reunir a todos los pueblos en la comunión del Reino de Dios (Ef. 1,10; II Cor. 5,19)